

Miró no se contenta ya con la epidérmica comparación que vimos en *Dentro del mercado*. Ha profundizado, ha ampliado la imagen, frutalizando—perdónese el neologismo—no sólo la piel de una mujer, sino su cuerpo todo, su aroma y hasta su alma.

Después, en casi todos los relatos mironianos cabría encontrar comparaciones de este tipo. En *Estampas del agua, del río y del mar* se lee:

la piel y cabellos de las doncellas desprenden un olor frutal (Pág. 668).

En *Nuestro Padre San Daniel*, la belleza de Paulina, vista por Elvira, es descrita frutalmente, de manera semejante a la empleada en *Dentro del mercado*:

le caía una hebra de sol, desnudándole el delicioso vello de almendra de su nuca, y los ojos ávidos la hollaban esas suavidades de piel frutal (Pág. 755).

En *El obispo leproso*, se habla de una

respiración de fruta (Pág. 849).

En *El humo dormido* hay

carne de fruta húmeda (Pág. 667).

En *Bethlem* se dice de Ruth que

se besaba a sí misma hermosa en la hermosura de una naturaleza con tacto y olor de creación. Sentíase comunicada y hecha de zumos y carnes dulces de las ramas y frutas; las tocaba, las acariciaba, las mordía (Pág. 1069).

Y la respiración de la sulamita se describe como hecha de

fragancia de fruta, que es ya la flor hecha sangre, carne y forma (Pág. 1071).

En las *Figuras de la Pasión*, María Magdalena es

